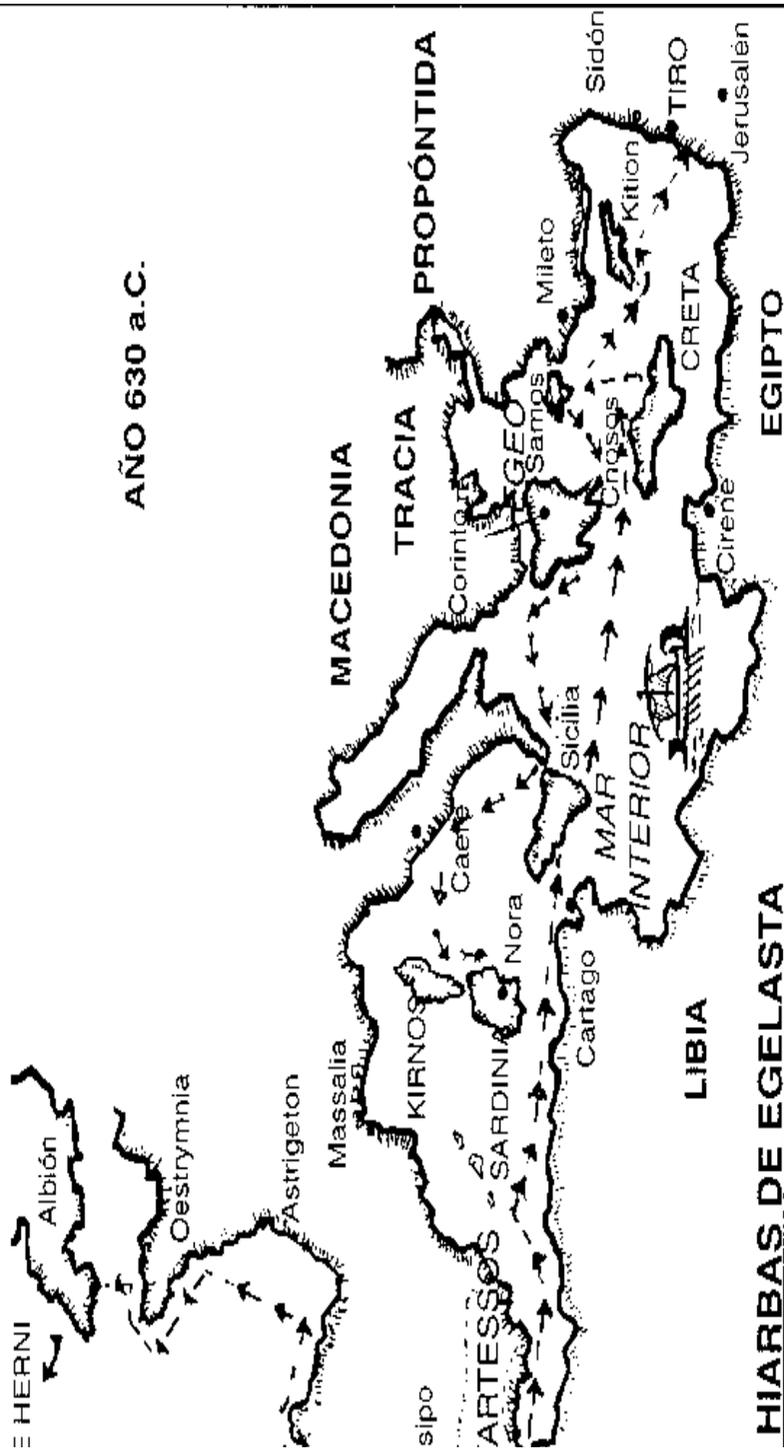




JESÚS MAESO DE LA TORRE
TARTESSOS

Una intensa novela a medio camino entre la epopeya y el thriller histórico. El reinado de Argantonio (630-550 a. C.) engendró en el mundo griego un mito en el que Tartessos vino a simbolizar la felicidad y la fortuna, la riqueza y el buen gobierno, y en esta etapa de la ciudad centra Jesús Maeso la acción de su novela, un impresionante fresco histórico del Mediterráneo de la época y un viaje fascinante a través de la historia.



ISLA DE



VIAJES DE

PREFACIO

El Náufrago de Platea (Primavera, año 630 a. C.)

El náufrago prendió la fogata con la desalentadora resignación del desesperado. Como cada amanecer, reiterando un tormento diario, avistó el horizonte en su inamovible monotonía.

Pero de improviso, de entre el albor del mar, emergió la blancura salvadora de una vela griega.

Avivó las llamas y agitó los brazos, que escaparon de las mangas de un andrajoso vellón de oveja. Era el primer navío que divisaba en mucho tiempo y gritó desaforadamente, brincando como un poseso. Durante seis meses había sufrido el hambre, los torturantes graznidos de los cormoranes, el asedio del océano y el aúllo de los vientos, rogando a Zeus un rayo exterminador que lo liberara de la condena de la soledad.

—¡Poseidón, señor de las aguas, no permitas que pase de largo! —rogó en medio de un gemido inconsolable.

La galera alteró el rumbo hacia la isla desierta, y los ojos saltones del náufrago, como los de un batracio espantado, se arrasaron en lágrimas. Había desechado toda esperanza de sobrevivir, pero al fin un barco anónimo se enderezaba para librarlo de una muerte atroz. Al cabo, el navío fondeó a menos de un estadio, y confirmó que en su cofa ondeaba

el signo de la diosa Hera y la cabeza de jabalí de Samos, y suspiró aliviado. Crujían las cuadernas de pino de Tracia y chapoteaban los remos, y su corazón de marino galopó en su maltrecho interior.

Descubrió en cubierta un frenético alboroto y al timonel vociferar, de pie sobre la amurada, mientras arrojaban un eskuife al agua que arribó a la solitaria playa. Descendieron cinco hombres del *Icaria*, con un odre de vino y una canasta.

Tras unos instantes eternos, el capitán griego reparó con recelo en el harapiento náufrago, un anciano miope y esquelético, con el semblante quemado por el sol, que suplicaba conteniendo el llanto. Avizó a su alrededor, quizá maliciando un mal encuentro o una trampa inesperada, y el vejestorio, que exhalaba un pútrido hedor, se echó a sus pies.

—¡Mis súplicas a la diosa han obtenido su recompensa! Gracias, amigos míos..., mis salvadores... —musitó agradecido.

Las pupilas del capitán, de una intensidad malévola, se incrustaron en la ruina humana aferrada a sus rodillas. Su extenuación se reflejaba en los brazos y piernas, en los cabellos ralos y la enmarañada barba preñada de piojos, en los ojos cavernosos y en una piel marchita que repugnaba a la vista.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán en la jerga helena.

—Corobio *el Cretense*, navegante y mercader con negocios de púrpura —informó, balbuciendo—. ¿Y tú, mi salvador?

—Mi nombre es Kolaïos, *nauklerós*^[1] de Samos, y un mal viento terral nos ha desviado de la ruta de Egipto. Hemos avistado tus señales por casualidad.

—Loados seáis, pero os aseguro que no ha sido el albur, sino el soplo de la poderosa Artemisa quien os ha empuja-

do hasta aquí. Mi situación se había convertido en angustiosa, y ya meditaba en arrebatarme la vida.

—¿Te abandonaron tus hombres? No advertimos restos de ningún naufragio.

El náufrago compuso un ademán de sorpresa y respondió:

—Abandonado y naufragado, pues cuando intenté hacerme a la mar, mi esquife se estrelló contra los escollos.

—¿Y entonces?

—¿Acaso ignoras las noticias sobre el oráculo de Thera^[2]?

—No sé de qué me hablas. Hemos invernado lejos de la Hélade, y no conocemos los últimos sucesos.

—Os relataré, pues, la historia de mi desdicha, por la que he de permanecer aquí como un desterrado. Pero antes dejadme probar ese vino y catar el pan. Mis tripas no pueden aguantar más —rogó con ojos deseosos.

—Come y bebe hasta que te sacies —lo animó el capitán samio.

Con voraz ansiedad y sin sutilezas delicadas, el náufrago se echó a pechos el odre, mientras regueros rojizos le empapaban la barba. Devoró el pan candeal y un trozo de queso de Kitnos que se desmoronaba en la boca. Satisfecho al fin, y ansioso por vaciar el alma de los sinsabores del aislamiento, sacudió la cabeza y comenzó a expresarse con calmosa parsimonia:

—El hambre y un sustento miserable aguzan la memoria, aunque no aludiré a las tristes desdichas padecidas en este islote. Escuchad —empezó—, es conocido que los moradores de la isla de Thera sufren calamidades sin cuento desde hace años, como si la desgracia se hubiera confabulado contra sus moradores. Pestes, ataques de piratas, terremotos y las crueles asolaciones de los espartanos.

—Han debido de provocar la ira de los dioses con graves desatinos.

—Posiblemente —reconoció—. El caso es que la gerusía de ancianos de Thera, ante tan persistentes infortunios, envió una legación al oráculo de Delfos con la pretensión de que Apolo Pytico aportara una solución a sus aflicciones. El cielo se pronunció por boca del dios, que les respondió con una sorprendente decisión: las desventuras de Thera no cesarían hasta que fundaran una colonia en las costas de Libia^[3] en honor a Atenea.

—Respuesta extraña, ciertamente, y ejemplar destino para un pueblo.

—Sin dilaciones, decidieron cumplir el mandato de Apolo, pues de lo contrario las catástrofes se recrudecerían en la isla, que desaparecería de la faz de la tierra. Cinco ciudadanos fueron comisionados a viajar a Itanos, mi ciudad natal, y rogarme, como marino y conocedor de las riberas africanas que soy, que los condujera a una costa inhabitada donde refundarían una nueva Thera. Me remuneraron con largueza y nos juramentamos ante los dioses que los guiaría a un territorio sin dueño, éste donde nos hallamos ahora.

—¿Y sabías realmente de la existencia de este desolado islote?

—He frecuentado esta costa en mis periplos mercantiles —explicó—. No podía defraudarlos, por lo que acepté el compromiso. Me placía convertirme en el instrumento del dios, de modo que, tras ofrecer los sacrificios rituales, los delegados y yo partimos en busca de la tierra de promisión. Brincaron de alegría cuando desembarcamos en esta playa, y, habiendo verificado que estaba deshabitada, levantaron aquel altar que veis en honor de Atenea, la de los ojos de lechuga, y tras proveerme de víveres y de un bote regresaron a Thera a recoger a los colonos designados por sorteo, prometiéndome regresar antes de tres meses.

Un rictus de desolación, como si se inculpara a sí mismo, le zigzagueó en el semblante, y calló.

—Y por lo que veo no han cumplido su palabra, abandonándote a tu suerte. A veces los dioses desbaratan los proyectos más piadosos de los mortales.

—¡No! Desesperado, intenté desertar; pero naufragué. Sin embargo, estoy seguro de que regresarán..., a menos que el mar se haya tragado Thera. Perseveraré y me ejercitaré en la paciencia...; sin embargo, preciso de provisiones, por si la espera se dilata. ¡Sé que aparecerán, Kolaios! —gritó mesándose los cabellos.

—Eres digno de compasión, Corobio, y no cabe duda de que te encuentras en una angustiosa situación; pero yo no esperaré por más tiempo. Puedes unirme a nosotros y te confiaremos en el puerto que desees.

—¡Faltaría a mi palabra y a la promesa jurada ante Apolo! —se revolvió rabioso—. Si parto con vosotros de nada serviría haber ocupado este enclave en nombre de los dioses de Thera.

Kolaios especuló qué empeños escondidos ataban la lengua de aquel hombre, que ocultaba alguna verdad secreta. «¿Quizá la promesa de los tereos de privilegios en el comercio de la púrpura o del bronce, u otros tratos inconfesables? ¿El conocimiento de alguna ruta secreta?», pensó. Como avisado comerciante, se resistía a desaprovechar la ocasión de beneficiarse de una situación propicia y sacar tajada de su malaventura.

—Lo siento. No puedo ofrecerte sino un lugar en mi tripulación. Y si persistes en continuar en este paraje de desolación, que puede convertirse en tu sepultura, es cosa tuya. Te dejaremos unos pocos víveres y este pellejo de vino.

Los ojos del náufrago se abultaron prestos a saltársele de las órbitas.

—No me condenes a morir de hambre, te lo ruego. Es un castigo que me atormenta sin piedad latido a latido, conduciéndome a la locura más espantosa.

—¿Qué puedes reprocharme? ¿Acaso pretendes que te entregue la mitad de mis provisiones y que perezcan mis

hombres por satisfacer tus desquiciadas apetencias? —replicó crispado el samio—. ¿Has perdido el juicio, Corobio?

—Tú puedes abastecerte en el próximo puerto donde recales; no me sentencies a una situación aterradora de hambre y soledad, ¡por Zeus!

—No puedo anclar en ningún fondeadero hasta Proso-pitis. Mis bodegas atesoran más de mil ánforas de aceite y vino de Qyos y fardos de mercaderías perecederas; podría malograr lucrativos beneficios. Lo siento, amigo.

Al náufrago, con la mirada extraviada y sumido en la ansiedad, se le ahogó la voz, surgiendo un lamento de sus labios:

—¿Y no te mueve la piedad? Llevo meses royendo raíces y moluscos podridos, y mis entrañas no resisten por más tiempo esta tortura.

—Lo lamento, Corobio; he procurado auxiliarte respetando las leyes del mar, y los dioses no me lo demandarán.

—Estoy amarrado a estas rocas por el juramento. ¡No puedo abandonar!

—¡Vámonos! —ordenó tajante Kolaios—. Allá tú con tu excéntrica locura.

Le volvió la espalda con resolución pero sin dejar de observarlo de soslayo. Moderó los pasos con estudiada calma, aguardó unos instantes como si la arena lo detuviera y, tal como había previsto, la fortaleza del náufrago se derrumbó. Un llanto silencioso se deslizó por sus pómulos, y la voz quebrada se elevó por encima del estrépito de las olas, empapada de una cólera inarticulada.

—¡Óyeme, despiadado samio! —gritó suplicante—. Si te pagara con un secreto por el que suspiran todos los navegantes del mar Interior^[3a], ¿aceptarías?

Kolaios se detuvo y un hosco silencio se adueñó del ambiente. Giró el rostro con falso interés, como el halcón presto a saltar sobre la presa indefensa. ¿Había calculado el náufrago el precio de sus palabras? Sin aparentar urgencia, aguardó una aclaración del compromiso.

—¿A qué te refieres, Corobio? —preguntó meloso—. Explícate, te escucho.

El náufrago, a quien las penurias, el aislamiento y la desesperanza habían convertido en una piltrafa humana, depuso el muro de obcecación en el que se refugiaba.

—Me hallo en posesión del gran secreto de los navegantes fenicios. Conozco la ruta exacta para arribar a Tartessos^[4], y estaría dispuesto a compartir contigo ese privilegio, a cambio de subsistencias para seis meses.

La mirada del samio se iluminó con un extraño fulgor, y las piernas se le estremecieron. ¿Podía ser cierto lo que había escuchado a aquel hombre que demostraba más demencia que juicio? ¿Alcanzaría por unas barricas de víveres la cornucopia del opulento Tartessos, el país evocador de sigilos, la inviolable fuente de los metales y las riquezas fabulosas, el anhelo que vagaba entre un velo de misterio en las mentes de los marinos griegos? Se decía que el paraíso de los metales se alzaba más allá de las columnas de Hércules, en el ocaso solar y frente a los abismos del océano, y que sus ríos manaban oro y plata, pero ningún griego, salvo Menestheo, Teucro y Odiseo, glorias de los aqueos, los había avistado. ¿Venía a confirmar lo inexplicable la revelación del náufrago? ¿Habría tomado aquella decisión acuciado por las insoportables privaciones, o escondía alguna ruindad? Percibió la sensación de hallarse frente a una ocasión irremplazable, pero también ante una trampa que podría ser tan mortal como la picadura de un escorpión. Su mente se resistía a creer que el ofrecimiento no fuera la añagaza de un desequilibrado, por lo que se le acercó fingiendo indiferencia.

—¿Estás al corriente del secreto mejor guardado de la tierra?

—Así es —replicó vanagloriándose—. He desempeñado el cargo de otonario del príncipe Sicharbas de Tiro. Conozco a la perfección sus rutas y mañas marineras, y mis ojos, dignidad reservada a pocos mortales, han contemplado las

abundancias de Tartessos. Te lo juro por la diosa Hera, Kolaios, el país tartésido no es un mito ni un espejismo, ¡es una realidad!

El samio observó con su mirada dominadora al desvalido náufrago, y preguntó codicioso, olfateando la oportunidad.

—¿Y cómo puedo saber que no mientes guiado por la desesperación, y que no se trata de un subterfugio para embaucarme?

—Corobio de Itaros no es un charlatán, y nunca se deshonró a sí mismo.

Los navegantes samios lo rodearon interesados, y el andrajoso anciano se dispuso a divulgar el más impenetrable secreto de las travesías marítimas desde el principio de los tiempos.

—No se trata de ninguna argucia dictada por el desaliento. Te bosquejaré un portulano, y tal cantidad de testimonios, que tú, como marino, distinguirás al instante si te engaño o no. De todas formas, regresarás y podrás tomarte cumplida compensación si fuera una falsedad. Estaba resignado a morir, y tú me has devuelto la esperanza. ¿Aceptas el trato?

Kolaios, un hombretón de relampagueantes ojos, era un monumento a la confusión; pero por su consolidada reputación en el mar Interior no podía dejarse engañar por aquel enfebrecido carcamal. Asentaba su ambición en el punto de vista práctico del mundo y en la confianza ciega de sus cualidades para el comercio. Pero su lúcida mente se precipitaba por un torrente de confusión. Lo contempló con cautela mientras evaluaba la oferta, recelando de su prodigalidad. Tras unos momentos de vacilación, tomó una decisión irrevocable. Accedería a sus pretensiones, aunque su cerebro se llenaba de celos.

—Aceptado queda, y que Poseidón, el que ciñe la tierra, sea garante de nuestro acuerdo. Tu franqueza me hon-

ra, así que te entregaré víveres para que andes sobrado un año —dijo, estrechándole las manos.

Corobio relacionó en voz alta cuanto precisaba para la supervivencia y Kolaios ordenó a sus hombres:

—¡Vosotros, volved al barco y acarread cuanto habéis oído, y también una cabra, cálamos y unas tablillas de cera!

Al quedar solos, uno frente al otro, el samio, que no se atrevía a cruzar la vista con el náufrago, se animó a reclamar su confidencialidad, propiciando un diálogo que dejase traslucir la verdad de sus conocimientos.

—¿Por qué has guardado todo este tiempo secreto tanpreciado?

—Los dioses me han negado progenie y, aunque siempre ansié revelarlo a un navegante griego, nunca hallé a ninguno digno de confiárselo. Me tengo por un marino infatigable que conoce a los hombres, y tú me inspiras confianza.

—Gracias por tu franqueza, pero ya sabes que ningún griego ha regresado con vida al intentar franquear las Columnas de Hércules, y es conocido que los monstruos marinos y las corrientes devoran barcos y hombres, antes de que les sea posible avistar el emporio tartésido. Es una insensatez aventurarse en semejante empresa.

Después de un silencio sabiamente dosificado, el samio preguntó:

—Pero ¿existe ese lugar inaccesible que resulta imposible hallar?

—¡Por supuesto que sí! Todo es debido a la ceguera de los griegos y a las fábulas que han inventado los *kinanu sidonín*^[5] para espantar a los navegantes de la Hélade. Ambicionan para ellos solos el monopolio de los metales tartésicos. Son cautelosos y logran caudales inimaginables en aquel territorio de abundancias, sobre el que poco a poco han ido tejiendo un velo de misterio.

—Siempre temí a esos avarientos cananeos, pero también los admiro.

—Es una raza arrogante y desapegada, pero hábil en el mar y en los negocios —aseguró Corobio—. Atiende, ahora que nos hallamos alejados de oídos indiscretos.

—Jamás escuché las palabras de un hombre con mayor interés y me atrajo un aliciente tan fascinador —le confesó Kolaïos.

El náufrago parecía apaciguado y mostraba una coherencia portentosa. Se había operado en él una transformación, surgida de la profundidad de su alma.

—Lo que te voy a revelar no es la confianza delirante de un loco ni la vanidosa epopeya de un aventurero. Como sabes, desde Chipre a Gadir los fenicios han tendido un colosal puente de enclaves comerciales para unir Tiro con el mítico país de los metales, ocultando la ruta con un manto de discreción.

—Que los nautas griegos no podemos traspasar —recordó—. ¿Y crees que mi galera reúne las condiciones para una navegación de esa envergadura?

—Anda sobrada, y yo te proporcionaré las claves para que lo logres.

El locuaz náufrago se dejó ganar la cordialidad del receloso mercader, que vigilaba todas y cada una de sus palabras, e incluso sus desequilibrados mohines.

—Mis labios quedarán sellados eternamente, pero disipa ya mis dudas.

—He aquí lo más valioso de cuanto has de saber —murmuró—: La navegación habrás de practicarla de noche para evitar las naves fenicias.

—¿De noche? ¿Y cómo, Corobio?

—Sencillamente, utilizando las estrellas del firmamento, en especial la llamada por los astrónomos *phoiniké*^[6], que imagino conocerás. Durante el día, los litorales te irán guiando a los remotos puertos de Iberia. Bogando a medio millar de estadios diarios, podrás avistar las columnas de Hércules en menos de cincuenta días guiado por la mano sabia de Poseidón.

—¿Es eso posible? —se asombró—. Este asunto comienza a interesarme.

—No te precipites, estos consejos no bastan para arribar a Tartessos. ¿Acaso quieres ignorar el ímpetu de las corrientes que manejan a su antojo los vientos que bufa Eolo?

—Mis pilotos usan con justeza el timón y la vela, y mis remiches halan los remos con una pericia que los hace insuperables en el Egeo.

—No es suficiente. Abre tus oídos reticentes al saber de Corobio de Itaros.

Enumeró con profusión una retahila de astros, distancias náuticas y bogadas, y expuso al subyugado mercader los conocimientos acumulados en sus horas de navegación, así como las claves para atracar en Tartessos, advirtiéndole:

—Pero dispon de toda tu pericia para navegar por el estrecho. La Columnas Herakleas están colmadas de los costillares de osadas naos. En cada ola se oculta una amenaza, así que escucha, pues os puede ir la vida en ello. —El naufrago bajó los ojos, y le reveló con cautela—: Tan sólo los fenicios saben que una corriente marina nace en el océano de los Atlantes y penetra en el mar Interior rastreando como una sierpe la costa libia, hasta llegar a Egipto, donde rola a norte. Allí coincide con otro curso marino que desciende del Egeo, donde Poseidón los ata, retornándolo hacia las riberas de los italos, los ligures y los iberos, para morir nuevamente en el océano de donde partió.

—Y convirtiéndose en un peligro mortal para quienes intentan cruzar las Columnas de Hércules, ¿no es así? Ahora comprendo el pavor a cruzarlas.

—Pero los fenicios conocen la maniobra para no zozobrar, y por tu compasión hacia mí te lo descubriré —se expresó adusto—. Escucha, Kolaios. Evita la ruta del golfo de la Sirte, pues la corriente contraria arrojaría tu cascarón al fondo del mar, o te devolvería como una pluma de ánade a Samos. Navega entre Malta y Sicilia en mar abierto, y enfila luego en línea recta hacia la isla de Pithyussa^[7], ruta que